

ANA WEYLAND: *La vida simple*. Ed. Losada. Buenos Aires. 1966. 62 págs.
20 x 12 cm.

El título de este primer libro de poemas de Ana Weyland cobija la unidad proveniente de una vivencia y un sentimiento que emanan del diario transcurrir. Pero esta *vida simple* revela la constitutiva complejidad de la trama vital. De allí que, tras la aparente sencillez de lo cotidiano, se aborden matices muy sutiles de la existencia. Acucia la urgencia de saber el punto exacto adonde espera la muerte o *por lo menos la indiferencia*, se inquiera por *una llana / explicación del mundo*, se clama por alguien que nos dé fuerzas para permanecer entre los enigmas. Una prematura nostalgia y la consecuente angustia hacen que la muchacha *irremediabilmente joven* que es la autora de estos poemas necesite: *rescatar de a poco/ algún trozo de infancia/ alguna sonrisa / con qué adornar esta dura certeza de estar vivos*.

El tono grave predomina en todo el libro porque Ana Weyland asume la vida tal cual es, con su apariencia simple y su realidad donde pueden acaecer las más tremendas cosas: *bombardeos aéreos/ maremotos tifones*, la soledad desnuda, la ausencia desesperante o el olvido voluntario que desgarrar, o la presencia intangible y melancólica, o la urgencia de ganarle la partida al tiempo, o las ansias de gritar desafortadamente, o la muerte, o el amor. El amor. Ana Weyland, en medio de su incertidumbre, presiente que sólo el amor entre dos seres puede explicar y dar sentido a la existencia, que por él *buscamos la risa/ en medio de la gente y que para eso fuimos implantados/ sobre la triste corteza de la tierra*.

La autora afirma que hay que atreverse a gritar la desesperación pero, con voz no menos imperativa declara también: *es menester educar la luz para que aprenda a incadirme poco a/ poco/ domesticar la angustia*. Y este aprendizaje debe hacerse desde el centro de una estación interior donde *son hostiles las lágrimas*, donde *nada es más inútil que los remordimientos* y *hay que apretar los labios/ hay que seguir caminando*.

En todas las composiciones el verso es libre y un ritmo que fluye del interior hace que la puntuación, de la que la autora prescinde en absoluto,

no sea necesaria salvo en ciertos casos en que, la ruptura de lo psíquicamente esperado, nos obliga a volver sobre lo leído e intercepta la fluidez de la comunicación.

No podemos sino afirmar que Ana Weyland es poseedora de un mensaje, de talento y de voz propia, aunque, a veces, entremezcle logros poéticos con hallazgos de ingenio. En días de abrumadora producción con pretensiones poéticas, recibimos *La vida simple* como señal seria y promisoria de nuestra joven poesía.

MARÍA A. POUGET